

NATASHA PRESTON

LA
GEMELA

UNIDAS POR LA SANGRE

CROSS
BOOKS

NATASHA PRESTON

**LA
GEMELA**

**CROSS
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The twin*
© del texto: Natasha Preston, 2020
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2020
Traducción publicada por medio de acuerdo con Random House Children's Books, una división de Penguin Random House LLC.
© Editorial Planeta S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-08-23290-2
Depósito legal: B. 13.193-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Hundo las puntas de las uñas pintadas de amarillo en el cuero firme del asiento mientras mi padre conduce de vuelta a casa a punto de superar el límite de velocidad. No ve el momento de llegar, pero preferiría que bajara un poco el ritmo. Se me forma un nudo en el estómago, y contengo el aliento y cierro con fuerza los ojos cuando toma una curva cerrada.

Levanto la vista hacia el retrovisor con las extremidades completamente agarrotadas. Por suerte, mi padre tiene los ojos clavados en la carretera, pero le noto una tensión que me incomoda. Conduce bien, y pondría mi vida en sus manos, pero ir tan rápido no me entusiasma.

El coche, un Mercedes negro, está impoluto y sigue oliendo a nuevo después de un año, así que me sorprende que le esté pisando tanto en carreteras rurales hasta arriba de polvo.

Nuestras vidas han cambiado de la noche a la mañana, y parece tener prisa por empezar de nuevo.

No podemos seguir así. Tenemos que relajarnos y saborear tranquilamente lo que hemos vivido hasta ahora, porque no me apetece para nada lo que nos espera dentro de cinco minutos. No éramos una familia de anuncio, pero quiero volver a mi antigua realidad.

En la que mi madre seguía viva.

Estamos en primavera, su estación preferida. Las flores han comenzado a embellecer el pueblo y el paisaje ha pasado de un verde más bien apagado a un arcoíris de color. También es mi época favorita del año, el momento en el que el sol se deja ver y las temperaturas son suficientemente cálidas como para que no tengas que llevar abrigo.

La primavera siempre me levanta el ánimo, pero, ahora mismo, es como si continuara siendo invierno. No me siento más alegre, y evidentemente me la suda lo de no tener que abrigarme.

Mi hermana gemela, Iris, va en el asiento del copiloto. Mira absorta por la ventana y de vez en cuando saca algún tema de conversación. Ya es más de lo que yo he podido hacer. Lo único que han encontrado en mí ha sido silencio, y no porque crea que la situación lo merece, sino porque no sé qué decir. No tengo palabras para expresar lo que ha pasado.

Todo lo que se me ocurre me resulta cínico e insignificante. No hay nada que pueda llenar el vacío que ha dejado nuestra madre.

Los cálidos rayos del sol primaveral se cuelan en el coche, pero no son lo bastante intensos como para cegarme. Además, me niego a cerrar los ojos y volver a ver su pálido rostro. Tan blanco que parece irreal. Ha desaparecido el tono rosado de sus mejillas. Es como mirar una muñeca de porcelana de tamaño real.

Ojalá no hubiera ido a la funeraria a verla. La última imagen que guardaré de ella será la de su cuerpo inerte.

Las cosas mejorarán cuando retome las clases. Nadaré y estudiaré hasta dejar de sufrir.

O, vaya, eso es lo que creo que me va a funcionar, pero soy consciente de que necesitaré más que un par de distracciones para que el dolor se esfume.

Torcemos hacia nuestra calle y crispo los dedos dentro de las zapatillas de deporte.

Trago tanta saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta que la boca se me queda completamente seca.

Mi padre aminora la marcha, gira hacia nuestra casa y aparca justo enfrente. Vivimos en un lugar que parece estar dejado de la mano de Dios, pero hay como diez casas alrededor y no nos lleva más de cinco minutos llegar al pueblo. Adoro la tranquilidad y la paz de mi hogar, pero creo que va a acabar desquiciándome. En estos momentos necesito ruido y estrés. Me hacen falta montones de distracciones.

Iris es la primera en salir del coche; la suave brisa le ondea el cabello rubio y sedoso, que le llega por la cintura. Ahora vive con mi padre y conmigo indefinidamente.

Nuestra madre murió al caerse desde un puente dos semanas atrás, un día que había salido a correr. Estaba cerca de una granja y el terreno era irregular y muy accidentado. Había llovido y estaba todo cubierto de barro. La barandilla de la parte más empinada del puente era baja —la habían colocado más como un elemento orientativo que por seguridad—, y resbaló. Se ve que tenía poca altura, pero se dio un golpe en la cabeza y murió al instante. O eso nos dijo la policía.

Mi madre corría para mantenerse en forma y poder cuidar más tiempo de mí y de Iris, pero al final fue precisamente eso lo que acabó con su vida.

No soy capaz de procesar su muerte. Llevaba seis años sin vivir con Iris ni con mi madre, desde el divorcio, pero su ausencia permanente me pesa como si tuviera el estómago hasta los topes de plomo.

Para mí fue un alivio cuando, a los diez años, mis padres nos llamaron a mi hermana y a mí para decirnos que se iban

a separar. La cosa venía de lejos, y yo ya estaba harta de aguantar discusiones mientras fingía estar dormida en el piso de arriba. El ambiente era, como poco, frío; apenas se dirigían la palabra, se limitaban a sonreír, como si yo no fuera capaz de ver lo que había detrás de aquella máscara barata.

Iris y yo no llegamos a hablar nunca del tema, pero el divorcio la pilló por sorpresa. No dejaba de chillar y de llorar mientras yo me mantenía muy quieta, planeando en silencio cómo comunicarles que quería vivir con papá. No era una decisión fácil para nadie, pero no nos quedaba otra. Mi padre y yo siempre habíamos tenido una relación más estrecha; tenemos mucho en común, desde películas y música hasta aficiones y comida. Si no estuviera él para darnos las pautas más básicas, se me caería el mundo encima. Mi madre era una persona despreocupada, a veces demasiado, hasta el punto de que, si dependía de ella, yo acababa siempre por no hacer nada.

Además, mi madre siempre quiso vivir en la ciudad, y a mí nunca me hizo gracia el gentío.

Ella e Iris se fueron de casa y, poco después, se mudaron al centro. Yo me he pasado las vacaciones de casa en casa, a veces incluso sin llegar a coincidir con mi gemela por culpa de problemas con los horarios. Ella se quedaba con mi padre mientras yo estaba con mi madre.

Ni los demás miembros de la familia, ni los amigos, ni siquiera los vecinos lo entendían. A los gemelos no se los separa. Que sí, que se supone que deberíamos ser capaces de comunicarnos sin hablar y de sentir el dolor de la otra, pero Iris y yo nunca hemos tenido una relación así. Somos como el agua y el aceite.

Nuestra relación es distante, así que, a pesar de que es mi hermana, me da la sensación de que se viene a vivir con nosotros una prima lejana.

Sigue teniendo su propia habitación, que, de hecho, redecoró el año pasado con la ayuda de mi padre cuando vino de visita en verano. Lo que pasa es que ha traído mogollón de cosas de casa de mamá. Lleva la maleta hasta arriba.

La veo acercarse a la puerta principal mientras papá apaga el motor. Tiene llaves, claro, así que entra como Pedro por su casa.

Mi padre se rasca la oscura barba incipiente que le sale en el mentón. Normalmente se afeita todas las mañanas.

—¿Estás bien, Ivy? Apenas has abierto la boca desde que nos hemos montado en el coche.

—Sí, claro —contesto con la voz apagada.

Es un «sí, claro» que, en el fondo, uso con el significado de «no, para nada». Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en cuestión de segundos. No han hecho falta más que dos semanas para poner mi mundo patas arriba. Y ¿qué pasa con Iris? Era la que estaba más unida a mamá. ¿Qué derecho tengo yo a venirme abajo cuando ella ha perdido aún más?

—Podemos hablar de lo que ha pasado. En cualquier momento.

—Ya lo sé, papá. Gracias.

Desvía la mirada hacia la casa.

—Venga, vamos dentro.

No quiero entrar. En cuanto ponga un pie en el interior dará comienzo lo que a partir de ahora será nuestro día a día. Aún no estoy preparada para dejar atrás el pasado. Hasta que no atraviere la puerta, mi hermana gemela no habrá vuelto a vivir con nosotros porque nuestra madre no habrá muerto.

Obviamente, es una tontería como un piano. Negarme a entrar por la puerta no cambia nada, pero quiero vivir esa ilusión. Necesito más tiempo.

—¿Ivy? —me insiste mi padre, observándome por el retrovisor con ojos llenos de cautela, casi con miedo de que, si vuelve a preguntarme cómo estoy, me derrumbe.

—¿Puedo ir primero a casa de Ty? No tardo.

Frunce el ceño.

—Pero si acabamos de llegar..

—En nada estoy de vuelta. Necesito tiempo. Así también puedes ver cómo está Iris. Te va a necesitar muchísimo a partir de ahora, y yo no voy a estar siempre ahí.

Abre la puerta.

—Una hora.

Salgo del coche y siento cierto alivio al saber que dispongo de sesenta minutos más, y que voy a poder alargarlos a setenta hasta que me llame.

—Gracias, papá.

Cierro la puerta del coche y me vuelvo hacia la casa.

«Pero ¿qué...?»

Se me erizan los pelos de los brazos. Iris me mira desde una de las ventanas de la segunda planta.

Pero no está en su habitación.

Sino en la mía.